

# REVISTA DE LA FACULTAD DE MEDICINA

VOL. XVII

Bogotá, Noviembre de 1948

Número 5

Director, Prof  
ARTURO APARICIO JARAMILLO, Decano de la Facultad  
Secretario de la Dirección, Doctor Rafael Carrizosa Arguez

*Comité de Redacción:*

Prof. Alfonso Esguerra Gómez. Prof. Manuel José Luque.  
Prof. Agr. Gustavo Guerrero I.

Secretario de la Redacción, Luis Enrique Castro  
Administrador, Alvaro Roza Sanmiguel

Dirección: Calle 10 N° 13-99 — Bogotá — Apartado Nacional N° 400

## El Profesor Nicanor González Uribe

Por el Prof. EDMUNDO RICO

El día 9 de octubre tuvo lugar en Medellín la celebración de las *Bodas de Diamante* (60 años de ejercicio profesional) del meritorio Profesor y patriarca de la Medicina colombiana, Doctor Nicanor González Uribe. En el paraninfo de la Universidad de Antioquia se efectuó el homenaje, en el cual le fue impuesta al Profesor González Uribe la Cruz de Boyacá y se le concedieron los títulos de Miembro Honorario de la Academia Nacional de Medicina y de Profesor Honorario de la Universidad. En esta ocasión el Profesor Edmundo Rico —por encargo especial de la Academia de Medicina de Bogotá— pronunció el discurso que a continuación publicamos:

Profesor González Uribe:

Es con el respeto e inmanente cariño que os profeso, y con el ánimo oprimida por recuerdos —caros a los dos pero que ni debo ni

puedo evocar aquí— como vengo desde Bogotá, en representación de la Academia Nacional de Medicina para inclinarme no solamente ante vuestra longevidad augusta, sino ante todo y por sobre todo, para rendir tributo a vuestra reciedumbre moral perennizada en sesenta años de brega clínico-quirúrgica que, a la par que enaltece a la República, ufana, todavía más, el bien llevado, el bien merecido orgullo de vuestra grande Antioquia.

Suele la vida, en sus inauditas paradojas, tornarse amable algunas veces. Y en ellas parece como si se complaciera mostrando, adrede y meridianamente, en varones de vuestra estirpe, que no todo es vano e inútil sobre la tierra, que no todo pasa o se diluye entre turbiones de indiferencia, y que quizás no es siempre infalible el adagio del viejo Heráclito de que “nadie se baña dos veces en el mismo río”.

Porque aquí estáis vos, enjuto y nervudo, exhibiendo la plenitud de una existencia, bañada a mañana y tarde, y durante ochenta y siete años, en las mismas y eternas aguas del deber heredado, aguas que no se agostan y en cuyos hontanares recrean, a diario, sus virtudes los raros, los contados, los escasísimos exponentes de humanidad.

Y, precisamente, vos sois, profesor González Uribe, un exponente de humanidad. A lo largo y ancho de vuestra meritoria vida, así en superficie como en profundidad, lo mismo en horas adversas que en las de ventura, ella os señala como lujoso arquetipo de raza.

Permitid que rememore, siquiera sea en su relieve, tan movida, pulcra y jugosa existencia; fuísteis en vuestra gaya juventud, estudiante ejemplar y alegre mozo; en la caballerosa arquería médica de los claustros de Santa Inés, vuestra inteligencia, generosidad y constancia, convivieron con las de Braulio Mejía y Abel de J. Rico; vosotros tres —a quienes hubiese historiado Plutarco— quedáis como modelo y daguerreotipo de patria, de profesión y de honor.

Vos, señor, a esta vuestra edad, asombráis a Colombia ejerciendo todavía —y sobre el fondo sereno de estas bodas de diamante profesionales— la medicina. Escogisteis una especialidad clínica acorde con vuestro temperamento sensitivo que sólo os permitiera ver, oír y gustar el lado bueno, las vertientes hermosas o apacibles de la naturaleza.

Todos os veneran porque a semejanza de algún muy ilustre coteráneo vuestro, desde joven aprendisteis que, “en la aritmética social el amor suma y multiplica mientras que el odio sustrae y divide”.

Tenéis una esposa que enlaza el pasado con el presente y el porvenir en inagotable comunión de dulzura; una compañera que ha sido vuestra renovada ilusión lo mismo ayer, que hoy y que mañana; que en vuestra odisea de luchador os siguió y confortó a través de tierras y mares, y cuya santidad de alma ha de admirarse con el recogimiento con que en algunos lienzos del Corregio, se extasía la mirada contemplando el castamente impalpable emanar de la pureza.

Tenéis un heredero que por su hidalguía ingénita, a la vez que honra, perpetúa vuestro apellido; contáis con el firme amor de dos hijas que os bendicen; y en el recíproco solaz admirativo que os liga a vuestro nieto Mario, se escucha, como en las sinfonías beethovenianas, el crescendo emocional de las ternuras del abuelo.

Es así, de esta manera tan bondadosamente cristiana y tan bondadosamente religiosa como deslizan vuestros años, y es así bajo este clima patriarcal como en este día clásico de la Universidad que fundara el prócer Santander, tenéis, señor profesor, la fruición suprema de veros admirado y querido por la humanidad de vuestros compatriotas. Si vuestra vida benemérita ha llegado —tan laboriosa y ordenadamente— a vencer las fronteras de la biología, ello lo debéis a la fuerza moral de vuestra sangre, el indeleble señorío que os legaran vuestros ascendientes y al culto encendido que ofrendáis por vuestros lares de Antioquia.

Por dondequiera que tendáis los horizontes de la mirada o por dondequiera que en el panorama del pretérito vibre la fiel antena de las reminiscencias, veréis que no en balde habéis transitado por el mundo: unas veces, sirviendo a la república en el Consulado de El Salvador; otras, y con el mismo carácter, al amparo de los cielos de Italia y de la dulce Francia, robusteciendo, aún más, vuestra raigambre científica; ya, atesorando las disciplinas quirúrgicas del estupendo oculista boyacense Indalecio Camacho; ya regentando, con desenvuelta vivacidad técnica, las cátedras de Organos de los Sentidos en las Facultades de Bogotá y de Medellín; ora, explicando, pedagógicamente, a vuestros discípulos antioqueños, las maravillas insospechadas que esconde en su multicolora gama la Botánica; ora, asistiendo, conturbado, al ágora ambiciosa de las jadeantes asambleas político-legislativas; y, en otras ocasiones, las más grandiosas y gratas de todas, os veréis en la presidencia de la Academia de Medicina, o elaborando, con afecto y dulzor, dignos de San Vicente de Paúl, en aquel recinto de sosiego y piedad, hechura vuestra, que es la Escuela de Ciegos y Sordomudos de Medellín.

Señor Profesor Honorario de la Universidad de Antioquia y señor Miembro Honorario de la Academia Nacional de Medicina de Bogotá: vuestro corazón que es grande como es grande vuestra vida y como son grandes vuestras virtudes, pertenece a la Patria. De aquí, el que en esta fecha histórica —verdadero diamante espiritual de una época— se os rinda este homenaje, nacionalmente espontáneo, y que a todos conforta el ánimo fatigado, si es que no orea de esperanza la incertidumbre del presente.

Y, aquí estáis, señor, como un veterano capitán de la vida, inclinado, noblemente sobre la borda de la existencia, magro y simbólico a la vez; curtido por las brisas del tiempo pero todavía apegado al catalejo de vuestra voluntad, y presto a enrumbar —hoy más que nunca— la brújula del deber hacia las zonas amadas e inagotablemente fecundas de vuestro ejercicio profesional.